



El príncipe había muerto.

Pero el rey no, de modo que ninguna alegría indecorosa osaba reflejarse en los rostros de los guardias que custodiaban las puertas del castillo. Estos solo denotaban cierto alivio furtivo, que también quedó extinguido cuando los jinetes de Ingrey cruzaron la bóveda de la puerta y accedieron al estrecho patio. Le habían reconocido y, por lo tanto, sabían quién le había enviado.

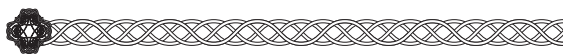
En la húmeda penumbra de aquella mañana otoñal, Ingrey tenía el jubón de cuero empapado en sudor. El frío parecía contenerse en aquel patio de guijarros y canalizarse por sus muros encalados. El mensajero que había llevado la noticia al palacio del rey sagrado en Hogar Oriental había realizado el trayecto en apenas dos días; Ingrey y sus hombres, obligados a viajar con un equipo más pesado, solo habían tardado un poco más en recorrer el camino inverso hasta el castillo del príncipe exiliado. En cuanto un mozo de cuadra cogió las riendas de su caballo, Ingrey desmontó de un salto, enderezó la vaina de su espada y permitió que sus dedos se demoraran brevemente en su refrescante empuñadura.

El jinete Ulkra, jefe de servicio del príncipe Boleso, empezó a aproximarse desde el torreón. Era un tipo corpulento y por lo general impasible, aunque ahora jadeaba debido a la aprensión y las prisas, hecho que revelaba lo ocupado que había estado desde que habían avistado a las tropas de Ingrey ascendiendo por el camino.

—Sed bienvenido, lord Ingrey —saludó, haciendo una reverencia—. ¿De-seáis comer y beber?

—Yo no lo necesito, pero ellos sí. —Señaló a la media docena de hombres que le seguían. Su teniente, el jinete Gesca, asintió con la cabeza para agradecerle el gesto.

Tras ordenar a los sirvientes del castillo que se ocuparan de los recién llegados, tanto hombres como caballos, Ulkra acompañó a Ingrey a los escalones que conducían a la recia puerta principal.



—¿Qué habéis hecho hasta ahora?

Ulkra bajó la voz.

—Estábamos esperando instrucciones. —La preocupación se dibujó en su rostro. Por lo general, los hombres que trabajaban al servicio de Boleso no destacaban por su iniciativa—. Trasladamos el cadáver a un lugar fresco, pues no podíamos dejarlo donde estaba. Y encerramos a la prisionera.

¿Qué orden debía seguir para llevar a cabo esta incómoda investigación?

—Llévame primero junto al cadáver —decidió Ingrey.

—Sí, *milord*. Por aquí. Hemos vaciado una de las despensas.

Dejaron atrás un incómodo salón lleno a rebosar de objetos. El fuego ardía suavemente en una cavernosa chimenea de piedra sin tallar, y el carbón que se escondía entre la ceniza no conseguía transmitir su calidez a la sala. Un lebrel inglés que roía un hueso frente al hogar les gruñó desde las sombras. Descendieron un tramo de escaleras, cruzaron la cocina bajo la silenciosa y atenta mirada del cocinero y sus ayudantes, y siguieron bajando hasta llegar a una cámara fría y mal iluminada, a pesar de las dos ventanitas que se abrían en lo alto de sus muros de piedra.

La diminuta cámara estaba vacía, salvo por dos caballetes sobre los que se extendía un tablero y la figura envuelta en una sábana que yacía silenciosa sobre este. Ingrey se persignó, llevándose la mano a la frente, los labios, el ombligo, las ingles y, por fin, al corazón, los puntos teológicos que simbolizaban a cada uno de los cinco dioses: Hija, Bastardo, Madre, Padre e Hijo.

*¿Dónde estabais cuando ocurrió todo esto?*

Mientras esperaba a que sus ojos se adaptaran a la penumbra, Ulkra tragó saliva y le preguntó:

—El rey sagrado... ¿cómo se ha tomado la noticia?

—Resulta difícil saberlo —respondió Ingrey, con diplomática vaguedad—. Fue Hetwar, el maestro del Sello, quien me ordenó venir.

—Por supuesto.

La reacción del jefe de servicio no reveló demasiado, salvo que se alegraba de poder dejar todo este asunto en manos de otra persona. Ulkra retiró la pálida tela que cubría el cuerpo del príncipe y, al ver el cadáver, Ingrey frunció el ceño.

El príncipe Boleso de Asta de Ciervo era el menor de los hijos vivos... o mejor dicho, el menor de los hijos del rey sagrado. Aunque ya había adquirido toda su fuerza y altura hacía algunos años, seguía siendo un joven alto y musculoso que ocultaba la recia mandíbula de su familia bajo una oscura perilla. Su cabello moreno estaba desordenado y manchado de sangre y su rostro sin vida había perdido la vitalidad que antaño lo hacía tan fascinante. *¿Cómo es posible que le considerara un hombre atractivo?*, se preguntó Ingrey, adelantándose y cerrando las manos sobre su cráneo para palpar la herida... o las heridas, puesto que el hueso fracturado cedió bajo la presión de sus pulgares revelando un par de laceraciones profundas y renegridas por la sangre seca que las cubría.

—¿Qué arma utilizaron?

—El martillo de guerra del príncipe. Estaba en su dormitorio, junto al soporte de su armadura.

—Qué... extraño. Sobre todo para él.

Ingrey reflexionó sobre el destino del príncipe. Hetwar le había explicado que, durante su breve vida, Boleso había sido mimado e ignorado tanto por sus padres como por sus criados, hecho que había provocado que la arrogancia natural de su sangre se combinara con un fuerte deseo de honor, fama y recompensa. Su arrogancia había ido en aumento, hasta convertirse en algo desmesurado y desesperadamente desequilibrado. *Y todo aquello que no está en equilibrio... cae por su propio peso.*

Vestía una túnica corta de lana y cuero que, sin duda, había llevado puesta en el momento de su muerte porque estaba salpicada de sangre. No había más prendas que cubrieran su cuerpo ni marcas de heridas recientes en su pálida piel. De pronto, Ingrey fue consciente de que el jefe de servicio no había mentido al decirle que habían estado esperando instrucciones, pues era evidente que a los criados les había conmocionado tanto la muerte del príncipe que ni siquiera se habían atrevido a limpiar y vestir su cadáver. La mugre ensombrecía los pliegues de su cuerpo... *No, no es mugre.* Ingrey deslizó un dedo por un surco de piel y observó con atención los colores que lo cubrían: azul turbio, amarillo estambre y, allí donde se unían, verde enfermizo. ¿Se trataba de un tinte, de pintura o de algún polvo coloreado? El oscuro cuero que revestía el interior de la túnica también estaba manchado.

Ingrey se enderezó y posó la mirada sobre lo que en un principio le había parecido un manojo de pieles dispuesto contra la pared del fondo. Se acercó un poco más y se arrodilló.

Era un leopardo muerto. *Una hembra de leopardo*, se corrigió, cuando examinó con atención a la bestia. Era suave y fascinante. Siguió con el dedo sus frías y curvadas orejas, sus rígidos bigotes y el patrón de espirales oscuras que discurría por su dorado pelaje. A continuación, levantó una de sus pesadas garras para palpar las correosas almohadillas y las gruesas garras de marfil, que habían sido cortadas. Una cuerda de seda roja rodeaba su cuello y se hundía profundamente en su pelaje. Al ver que el extremo había sido cortado, a Ingrey se le puso la piel de gallina.

Alzó la mirada. Ulkra tenía los ojos fijos en él y estaba muy pálido.

—No es una criatura de nuestros bosques. ¿De dónde diablos ha salido?

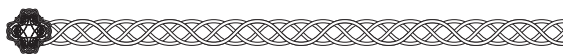
El jefe de servicio carraspeó.

—El príncipe se la compró a unos mercaderes darthacos. Dijo que deseaba crear una casa de las fieras aquí, en el castillo, o adiestrarla para cazar.

—¿Cuándo la compró?

—Hace unas semanas, justo antes de recibir la visita de su hermana.

Ingrey arqueó las cejas mientras palpaba la cuerda roja que rodeaba el cuello de la bestia.



—¿Y cómo ocurrió esto?

—La encontramos colgada de una viga en los aposentos del príncipe cuando... hum... cuando entramos.

Ingrey se acuclilló. Empezaba a entender por qué no habían llamado a ningún divino del Templo para que se encargara de los ritos funerarios. Las manchas de sangre, la cuerda roja y la viga de roble indicaban que el animal no había sido asesinado, sino sacrificado... y eso significaba que alguien había estado coqueteando con las viejas herejías y la magia prohibida del bosque. *¿El maestro del Sello estaba al corriente de este asunto cuando me encargó esta misión?*, se preguntó Ingrey. Lo ignoraba, pero le parecía poco probable.

—¿Quién la colgó?

Ulkra respondió con el alivio de un hombre que cuenta una verdad que no puede hacerle daño.

—No sabría responderos. Cuando trajimos a la chica, la bestia estaba viva, atada y tumbada plácidamente en un rincón. Ninguno de nosotros vio ni oyó nada hasta que comenzaron los gritos.

—¿Los gritos de quién?

—Bueno... de la muchacha.

—¿Lloraba o eran...? —Iba a preguntar si habían sido simples jadeos, pero se interrumpió antes de completar la frase porque sospechaba que a Ulkra le complacería aquella sugerencia—. *¿Cuáles fueron sus palabras?*

—Eran gritos de auxilio.

Ingrey se puso en pie y se alejó de la exótica carcasa del leopardo. Su ropa de montar de cuero crujió en el silencio mientras dejaba que el peso de su mirada recayera sobre Ulkra.

—¿Y qué hicisteis?

Ulkra desvió la mirada.

—Teníamos órdenes de proteger el descanso del príncipe, *milord*.

—¿Quiénes oyeron los gritos? ¿Vos y...?

—Dos de los guardias del príncipe, que estaban apostados en la puerta.

—Tres hombres fuertes consagrados a la protección del príncipe... *¿Qué posiciones ocupabais?*

El rostro de Ulkra parecía haber sido esculpido en piedra.

—Los tres estábamos en el pasillo, cerca de la puerta.

—De modo que os encontrabais a menos de tres metros de la asesina del príncipe y no hicisteis nada por impedir su muerte.

—No nos atrevimos, *milord*, puesto que él no nos llamó. Además, como los gritos se interrumpieron, dimos por sentado que... que la muchacha se había entregado a él. Al fin y al cabo, entró voluntariamente en esa habitación.

*¿Voluntariamente o desesperadamente?*

—No era una criada, sino la dama de compañía de la hermana del príncipe Boleso, que había sido confiada a su servicio por la familia Orilla de Tejón.

—Fue la princesa Fara quien la dejó en manos de su hermano por petición de este, *milord*.

*Pero lo hizo presionada*, según los rumores que había oído Ingrey.

—¿Y no creéis que eso la convertía en una sirvienta de esta casa?

Ulkra se encogió de hombros.

—Incluso el más humilde de los criados merece la protección de su amo.

—Cualquier señor que haya bebido más de lo normal podría golpear a un criado y juzgar erróneamente la fuerza de su golpe —replicó Ulkra, con una cadencia que a Ingrey le pareció ensayada. ¿Con cuánta frecuencia habría repetido aquella excusa en las entrañas de la noche, durante los seis últimos meses?

Boleso había sido exiliado a este remoto castillo debido a un feo incidente que había causado la muerte de un criado. Su pasión por la caza convertía dicho exilio en un castigo dudoso, pero había sido una sabia decisión por parte del Templo, pues era una pena demasiado suave para un crimen y demasiado severa para un accidente. Sin embargo, Ingrey había visitado el lugar de la masacre en nombre de lord Hetwar a la mañana siguiente, antes de que lo limpiaran, y no había dudado en ningún momento sobre las intenciones del príncipe.

—Ningún señor, por borracho que estuviera, habría despellejado y despedazado a su presa, Ulkra. Detrás de aquel acto salvaje había algo más que alcohol. Había locura, y lo sabéis tan bien como yo. —Y cuando el rey y sus siervos habían permitido que la lealtad se impusiera sobre la verdad, para guardar las apariencias y salvar la reputación de su noble hogar, este desastre había sido zanjado sin que el culpable recibiera su justo castigo.

Todos suponían que Boleso regresaría a la vida cortesana tras pasar unos meses en el exilio, debidamente escarmentado o fingiendo pesar. Pero Fara había abandonado las tierras de su marido para visitar a su padre enfermo, había hecho un alto en su camino y la hermosa dama de compañía había despertado el interés del aburrido príncipe. Entre el séquito de la princesa, que había llegado a Hogar Oriental casi al mismo tiempo que la mala noticia, los rumores que corrían eran dispares: unos decían que la joven había cedido su virtud aterrada ante la inoportuna lujuria del príncipe y otros, que había sido un movimiento calculado con el que pretendía satisfacer su enorme ambición.

*Si fue un movimiento calculado, es evidente que las matemáticas no eran lo suyo*. Ingrey suspiró.

—Llebadme a los aposentos del príncipe.

Mientras recorrían el breve y oscuro pasillo que conducía a la habitación del príncipe, situada en lo alto del torreón central, Ingrey imaginó a los criados acurrucados bajo la ondulante luz de una candela, esperando a que los gritos cesaran. La sólida puerta se cerraba desde dentro con una barra de madera y una cerradura de hierro.



El mobiliario era escaso y rústico: una cama con dosel apenas lo bastante grande para el príncipe, diversos arcones y, en un rincón, el soporte de su segunda mejor armadura. Los amplios tablones del suelo estaban cubiertos por diferentes alfombras, una de las cuales mostraba una mancha oscura. La escasez de muebles dejaba espacio suficiente para que una presa pudiera zafarse y correr, girar en redondo y saltar en una persecución agotadora...

A la derecha de la armadura había una estrecha ventana con gruesos círculos de cristal insertados en el marco. Ingrey tiró de los batientes hacia adentro, abrió de par en par las persianas y observó los frondosos campos que se extendían a los pies de la montaña. La niebla empezaba a alzarse sobre los barrancos como un fantasma. Al fondo del valle, una pequeña aldea de campesinos había ido ganando terreno al bosque con gran esfuerzo, haciendo retroceder a la marea de árboles. Sin duda, era su fuente de alimentación, de siervos y de leña para calentar el castillo.

Solo una persona muy delgada podría cruzar aquella ventana, pero era evidente que las rocas de debajo destrozarían a cualquiera que cayera sobre ellas. Además, era imposible saltar hasta la muralla que se alzaba más allá. Por lo tanto, a oscuras y bajo la lluvia, la única escapatoria que proporcionaba aquella ventana era la muerte. Sin embargo, una víctima presa del pánico solo habría tenido que girar noventa grados para tener al alcance de sus temblorosas manos el soporte de la armadura. El hacha de batalla, con su empuñadura engastada en oro y cobre rojizo, seguía en su sitio, pero el martillo de guerra había sido arrojado sobre la desordenada cama. Al igual que la alfombra, el rugoso borde de su cabezal de hierro estaba manchado de sangre seca. Ingrey examinó el arma y advirtió que su forma coincidía con las heridas que acababa de ver. El martillo había sido blandido con las dos manos y con toda la fuerza que el terror había podido proporcionar, pero el hecho de que la asesina hubiera sido una mujer sugería que, en su aturdimiento o locura, Boleso no había hecho nada por impedir el ataque. El segundo golpe había sido el mortal.

Ingrey recorrió la sala, mirando a su alrededor y examinando las vigas. Ulkra se hizo a un lado para no molestarle. Al ver un trozo deshilachado de cuerda roja colgando sobre el centro de la cama, Ingrey sacó la navaja que guardaba en el cinturón, se subió al armazón para cortarlo y lo guardó en su jubón. Acto seguido, bajó al suelo de un salto y se volvió hacia el vacilante Ulkra.

—Boleso será enterrado en Hogar Oriental. Ordenad que laven sus heridas y su cuerpo y que lo cubran de sal para el largo viaje. Buscad un carromato, un carretero competente y un equipo... no, mejor dos, pues el camino está lleno de barro. Los guardias del príncipe serán sus escoltas, pues su ineptitud ya no puede causarle más daños. Limpiad esta habitación, poned en orden el torreón, designad a un guardián y seguid a la comitiva con el resto de sus

bienes y objetos de valor. —Los ojos de Ingrey recorrieron la habitación. Ya no había nada más que hacer—. Después, quemad al leopardo y esparcid sus cenizas.

Ulkra tragó saliva y asintió.

—¿Cuándo deseáis partir, *milord*? ¿Os quedaréis a pasar la noche?

¿La prisionera y él debían viajar con la lenta comitiva o sería mejor que se adelantaran? Deseaba abandonar este lugar lo antes posible, pues hacía que los músculos del cuello se le agarrotaran, pero la llegada del otoño acortaba los días, y apenas quedaban horas de luz.

—Antes de decidir debo hablar con la prisionera. Llévame junto a ella.

Fue un breve paseo hasta la sala de almacenaje carente de ventanas que descansaba en el piso inferior. No era una mazmorra, pero tampoco una habitación de invitados. El hecho de que hubieran elegido aquella celda revelaba la profunda incertidumbre que les causaba la posición de su ocupante.

Ulkra llamó a la puerta.

—¿*Milady*? Tenéis una visita. —Giró el pomo de la puerta y la abrió de par en par. Ingrey accedió a su interior.

Un par de ojos relucientes le miraron desde la oscuridad, como un felino agazapado en una selva susurrante. Ingrey retrocedió a la vez que acercaba una mano a la empuñadura de su espada y, mientras la desvainaba, se golpeó el codo contra el batiente de la puerta. El dolor se extendió desde el hombro hasta la yema de los dedos. Retrocedió un poco más, pues necesitaba espacio para girar, abalanzarse sobre ella y golpearla.

Pero Ulkra le sujetó el brazo para frustrar su ataque.

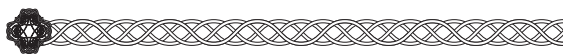
Tras permanecer inmóvil unos instantes, Ingrey retrocedió para que nadie advirtiera que estaba temblando, preocupado por aquel violento impulso que revelaba su maldito legado. Hacía tanto tiempo que había aprendido a dominarlo que este repentino estallido le había cogido por sorpresa. *Te niego, lobo interior. No voy a permitir que te impongas*. Lentamente, volvió a envainar la espada, abrió los dedos y apoyó la palma contra el cuero que cubría su muslo.

Contempló de nuevo la pequeña sala, haciendo que se impusiera la lógica. En la penumbra, la forma espectral de una joven estaba abandonando la tarima de paja que descansaba sobre el suelo. Había ropa de cama suficiente, un edredón con poco relleno, una bandeja, una jarra de agua y un orinal con tapa. El hecho de que sus necesidades básicas estuvieran cubiertas indicaba que, aunque habían encerrado a la prisionera, no la habían castigado.

Ingrey humedeció sus labios secos.

—No puedo veros en la oscuridad. —*Y me niego a aceptar lo que he visto*—. Acercaos a la luz.

Una barbilla alzándose, el movimiento de una oscura melena... La joven llevaba un elegante vestido de lino amarillo pálido, con flores bordadas



alrededor de su curvado cuello. No era el atuendo de una cortesana, pero sí el de una doncella de cierto rango. Una mancha de color marrón oscuro cruzaba el vestido en diagonal y, a la luz, su desordenado cabello moreno se volvía cobrizo. Era una mujer alta, pues le igualaba en altura.

Sus brillantes ojos eran de color avellana, casi ámbar en la penumbra, y un círculo negro rodeaba el iris. *No son ojos felinos...*

Ulkra le dedicó una mirada cautelosa antes de efectuar las presentaciones pertinentes con gran solemnidad.

—Lady Ijada, este es lord Ingrey de Barranco del Lobo. Trabaja al servicio del maestro del Sello lord Hetwar y ha venido para hacerse cargo de vos. Lord Ingrey, esta es lady Ijada de Castos, descendiente de la familia Orilla de Tejón por parte de madre.

Ingrey parpadeó, pues lord Hetwar solo le había dado a conocer el nombre de la mujer. *Lady Ijada es una heredera menor entre la confusión del linaje de los Orilla de Tejón. Que los cinco dioses me asistan.*

—Sin duda, se trata de un apellido ibrano.

—Chalionés —le corrigió ella con frialdad—. Mi padre fue dedicado de la Orden del Hijo y capitán de un fuerte del Templo en las marchas occidentales de la Región Arbolada. Contrajo matrimonio con una descendiente de los Orilla de Tejón.

—¿Y ahora están... muertos? —se arriesgó a preguntar.

Ella inclinó la cabeza con fría ironía.

—Si no fuera así, habría gozado de mayor protección.

No estaba turbada, ni sollozaba, ni parecía trastornada. Los cuatro días que había pasado encerrada en aquel cuartucho le habían permitido calmarse y poner en orden sus pensamientos. Sin embargo, su voz transmitía cierta tensión, pues en ella había un ligero temblor debido al miedo o, quizá, a la cólera. Tras recorrer con la mirada la sala desnuda, Ingrey posó sus ojos en Ulkra.

—Llevadnos a un lugar donde podamos sentarnos a hablar. A un lugar apartado donde haya luz.

—Hum... —Tras reflexionar unos instantes, Ulkra dio media vuelta y echó a andar. Ingrey advirtió que no le daba ningún reparo mostrar su espalda a la joven. *Es evidente que la prisionera no ha forcejeado ni ha intentado morder a sus carceleros.* La mujer le siguió con paso firme hasta el final del siguiente pasillo, donde Ulkra se detuvo y señaló un asiento construido en el alféizar de una ventana que daba a la cara posterior del torreón—. *¿Este lugar os complace, milord?*

—Sí. —Ingrey vaciló mientras lady Ijada alzaba con gracilidad sus faldas y se sentaba sobre los pulidos tablones. *¿Debo retener a Ulkra para que corrobore sus palabras o despacharle para fomentar la franqueza? ¿La muchacha iba a volver a mostrarse violenta?* La imagen de Ulkra agazapado en el pasadizo que descansaba en lo alto del torreón esperando a que cesaran los



gritos le turbaba—. Podéis proseguir con vuestro trabajo, Ulkra. Regresad en media hora.

Ulkra, indeciso, miró a la joven con el ceño fruncido, pero se apresuró a obedecer. Ingrey recordó entonces que los hombres de Boleso no tenían por costumbre cuestionar las órdenes de sus superiores. O, quizá, lo único que ocurría era que estos se deshacían de todo aquel que se atreviera a desafiarles y, al final, solo quedaban los peores, la escoria.

Con cierta torpeza, pues la breve extensión del asiento los obligaba a acercarse demasiado el uno al otro, Ingrey se sentó junto a Ijada. Había dado por sentado que sería una mujer hermosa, pero debía reconocer que se había quedado corto. Si Boleso no había perdido la vista además de la cabeza, aquella mujer tenía que haber llamado su atención desde el mismo instante en que sus ojos se habían posado en ella. Tenía la frente ancha, la nariz recta y la barbilla esculpida; una lívida mancha oscurecía su mejilla y otras rodeaban su hermoso cuello, formando un patrón de cardenales de color ciruela. Ijada dio un respingo cuando Ingrey palpó con suavidad sus heridas, pero soportó estoicamente el contacto. Enseguida advirtió que las manos de Boleso eran más grandes que las suyas. Su piel era cálida, fascinante, maravillosa... Pero, de pronto, una niebla dorada pareció enturbiar su visión y sus manos se cerraron con fuerza alrededor del cuello. Al darse cuenta de lo que estaba haciendo, Ingrey apartó las manos de inmediato y las escondió entre sus rodillas. *¿Qué ha sido eso...?*

—Soy oficial del maestro del Sello Real —comenzó, intentado ocultar su confusión—. Tengo el deber de informarle de todo aquello que veo y oigo, así que quiero que me contéis toda la verdad sobre lo ocurrido. Comenzad por el principio.

La muchacha se enderezó y le miró con ojos penetrantes. Ingrey percibió su aroma de mujer, sin matices de perfume ni sangre. Entonces, sin apartar la mirada, se preguntó cómo le vería ella y qué aroma percibiría. Estaba cansado, llevaba barba de cuatro días y olía al polvo del camino, a hierro frío y a cuero sudado. *¿Cómo era posible que no se hubiera apartado de inmediato de su lado?*

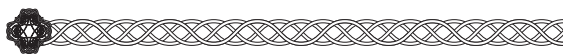
—¿Por qué principio queréis que empiece? —preguntó ella.

Ingrey la miró durante un prologando momento.

—Por vuestra llegada a Cabeza de Jabalí. —*¿Acaso hay otro?* Intentaría acordarse de retomar aquella pregunta.

La joven tragó saliva, respiró hondo y comenzó:

—La princesa deseaba llegar cuanto antes al hogar de su padre, de modo que se puso en marcha acompañada de un pequeño cortejo. Durante el camino cayó enferma, pues sus períodos le causan migrañas espantosas y necesita descansar para evitar que empeoren. Nos desviamos a Cabeza de Jabalí porque nos encontrábamos relativamente cerca y la princesa Fara deseaba ver a su hermano. Creo que lo recordaba de cuando era más joven y menos... complicado.



*Cuánto tacto.* Ingrey no sabía si había escogido aquellas palabras movida por la diplomacia o por la sutileza. *Simplemente intenta ser precavida,* decidió, tras estudiar su cautelosa expresión.

—Nos dieron la bienvenida, no de la forma que acostumbra la princesa, pero sí de acuerdo con las posibilidades de este lugar.

—¿Habíais visto con anterioridad al príncipe Boleso?

—No. Solo llevo unos meses al servicio de la princesa Fara, gracias a mi padrastro. Me dijo que... —se interrumpió y comenzó de nuevo—. Al principio todo parecía normal, teniendo en cuenta que nos encontrábamos en una residencia de recreo. Como el príncipe invitaba a los guardianes de la princesa a las cacerías, el día transcurría en paz, pero al anochecer eran extremadamente bulliciosos y bebían cantidades ingentes de alcohol. La princesa no asistía a los banquetes, pues la migraña le obligaba a permanecer acostada en sus aposentos. En dos ocasiones me ordenó bajar para protestar por el ruido, pero nadie me prestó atención. Una noche, después de cenar, los hombres soltaron a los perros en el patio, bajo la ventana de la princesa, e hicieron apuestas sobre quién ganaría la pelea: los perros o el jabalí que habían capturado con vida. La verdad es que el jefe de caza de Boleso estaba muy preocupado por sus animales. Si el conde de Río de Caballo nos hubiera acompañado, los habría aplacado con tan solo una palabra, pues tiene una lengua letal cuando lo desea. Permanecimos aquí tres días, hasta que la princesa estuvo preparada para proseguir con su viaje.

—¿El príncipe Boleso os cortejó?

Sus labios se estrecharon.

—No lo creo. De hecho, se mostraba igual de detestable con todas las damas de compañía de su hermana. No supe nada sobre este... supuesto asunto hasta la mañana en que nos disponíamos a partir.

Tragó saliva de nuevo.

—Mi señora me dijo entonces que debía quedarme en Cabeza de Jabalí y que, aunque no fuera mi deseo, a largo plazo me daría cuenta de que era lo mejor. Le supliqué que no me dejara aquí, pero ella se negó a mirarme a los ojos. Entonces me dijo que este lugar no era peor que otros, que de hecho era mejor que la mayoría y que debía velar por mi propio futuro. Que simplemente era la versión femenina de la lealtad que le debe un hombre a su príncipe. Le dije que la mayoría de los hombres no podían ser... bueno, me temo que le dije una grosería, así que la princesa se negó a seguir hablando conmigo. Cuando se pusieron en marcha no quise suplicarle, porque temía que los hombres del príncipe se burlaran de mí. —Se cruzó de brazos, en un intento de proteger su maltrecha dignidad. — Intenté convencerme a mí misma de que la princesa tenía razón, que no sería peor que cualquier otro destino. Al fin y al cabo, Boleso no era feo, deforme ni viejo. Ni tampoco estaba enfermo.

Ingrey no pudo evitar examinarse a sí mismo según los puntos de aquella lista. No encajaba en ninguna de aquellas categorías, pero sabía que había muchas más. La palabra «mancillado» apareció en su mente.

—Hasta que se marcharon no me di cuenta de lo perturbado que estaba... y entonces ya fue demasiado tarde.

—¿Qué ocurrió?

—Al caer la noche me llevaron a sus aposentos y me obligaron a entrar. Él me esperaba. Llevaba puesta una túnica, pero estaba completamente desnudo y tenía el cuerpo decorado con tintura azul, grana y azafrán, con símbolos antiguos como los que en ocasiones pueden verse en las antiguas estructuras de madera o incluso en el bosque, allí donde antaño se alzaba un altar. El leopardo estaba atado en un rincón, drogado. Me dijo que ni se había enamorado de mí ni me había retenido movido por la lujuria, sino que solo deseaba una virgen para cierto rito que había encontrado o creado, no lo recuerdo bien, y que las otras dos doncellas de su hermana estaban casadas. Intenté disuadirle diciéndole que aquello era una herejía, un pecado atroz contrario a las leyes de su padre. Cuando le amenacé con escapar y contar lo ocurrido, me dijo que me daría caza con sus perros y que me romperían en pedazos como habían hecho con el jabalí. Entonces le dije que acudiría al divino del Templo de la aldea y replicó que era un simple acólito y un cobarde. Y que mataría a cualquier persona que intentara ayudarme. Incluso al acólito. El Templo no le daba ningún miedo, pues podía decirse que pertenecía a la familia Asta de Ciervo y podía comprar a los divinos por una miseria.

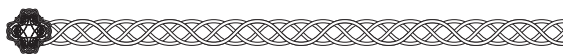
»Con el rito pretendía atrapar el espíritu del leopardo, como hacían los guerreros de la Antigua Región Arbolada. Le dije que era imposible que funcionara y me explicó que ya lo había ejecutado en varias ocasiones y que su objetivo era capturar los espíritus de todos los animales de sabiduría de las grandes familias, pues eso le proporcionaría cierto poder sobre la Región Arbolada.

—Los guerreros de la Antigua Región Arbolada solo asumían un espíritu animal durante su vida —comentó Ingrey, sorprendido—. E incluso así se arriesgaban a la locura y a cosas peores—. *Y lo sé por experiencia propia.*

La joven de voz aterciopelada cada vez hablaba más deprisa.

—Tras izar al leopardo mediante la cuerda que rodeaba su cuello, me golpeó y me arrojó sobre la cama, sin dejar de musitar conjuros o desvaríos, o ambas cosas. Intenté escapar. Supe que no era la primera vez que ejecutaba aquel ritual porque su mente era una casa de fieras que aullaban. En un momento dado, el leopardo distrajo su atención y logré zafarme de su agarre. Intenté escapar, pero no había ningún lugar adonde ir. La puerta estaba cerrada y Boleso había guardado la llave en su túnica.

—¿Gritasteis pidiendo auxilio?



—Supongo que sí, pero no lo sé. Cuando todo terminó tenía la garganta en carne viva, de modo que imagino que lo hice. Era imposible escapar por la ventana y el bosque parecía extenderse hasta el infinito en la oscuridad. Lo único que podía hacer era invocar al espíritu de mi padre y a su dios para que me ayudaran.

Ingrey no pudo evitar pensar que, en un caso tan urgente, lady Ijada debería haber invocado a su patrona, la Hija de la Primavera, la diosa a la que había consagrado su virginidad. Se le hacía muy extraño que una mujer hubiera invocado al Hermano del Otoño. *Bueno, al fin y al cabo, esta es Su estación.* El Hijo del Otoño era el dios de los hombres jóvenes, las cosechas, las cacerías, la camaradería... y la guerra. *¿Las armas de guerra también?*

—Os girasteis —dijo Ingrey—, y encontrasteis el martillo de guerra al alcance de vuestra mano.

Sus ojos de avellana se abrieron de par en par.

—¿Cómo lo habéis sabido?

—He examinado la habitación.

—¡Oh! —Se humedeció los labios—. Le golpeé y se abalanzó sobre mí... o mejor dicho, se tambaleó. Le golpeé de nuevo. Entonces cayó y no se volvió a levantar, pero no estaba muerto, pues su cuerpo se convulsionó cuando hurgué en su túnica en busca de la llave. Estuve a punto de desmayarme; caí al suelo sobre manos y rodillas y la habitación se oscureció. Cuando por fin conseguí abrir la puerta, ordené a sus hombres que entraran.

—¿Cómo reaccionaron?

—Creo que estaban más asustados que enfadados. Discutían sin parar y no hacían más que culparse los unos a los otros... y también a mí y a todo aquel que se les ocurriera. Incluso a Boleso. Tardaron años en decidir encerrarme y enviar un mensajero a Hogar Oriental.

—¿Y qué hicisteis vos?

—Me senté en el suelo porque me encontraba muy mal. Me hicieron preguntas muy estúpidas, como por ejemplo si lo había matado yo. ¿Acaso pensaban que se había golpeado a sí mismo? Cuando por fin me encerraron, me sentí agradecida. No creo que Ulkra se haya dado cuenta de que puedo atrancar la puerta desde dentro.

Tras reflexionar unos instantes, Ingrey le preguntó con el tono más neutral que fue capaz de amasar:

—¿El príncipe Boleso os violó?

La mujer alzó su rostro, con los ojos brillantes.

—No.

Su voz transmitía verdad y cierta sensación de triunfo. En la peor de las situaciones, abandonada por todos aquellos que deberían haberla protegido, Ijada había aprendido a cuidar de sí misma. Una lección poderosa, además de peligrosa.

—¿Y logró culminar su rito? —preguntó entonces, en un tono igual de neutro.

Esta vez, la joven vaciló.

—No lo sé. No estoy segura de cuál era su propósito. —Bajó la mirada y se cogió las manos—. ¿Qué va a ocurrir ahora? El jinete Ulkra me dijo que quedaría a vuestro cargo. ¿Adónde me llevaréis?

—A Hogar Oriental.

—Bien —replicó, con inesperada alegría—. El Templo me ayudará.

—¿No teméis vuestro juicio?

—¿Mi juicio? ¡Solo me defendí! ¡Me traicionaron y quedé envuelta en este horror!

—Es posible que a ciertas personas no les guste oír vuestra verdad —dijo él, hablando aún en voz suave—. Pensadlo bien. No podéis demostrar que intentó violaros; además, media docena de hombres testificarán diciendo que os presentasteis voluntariamente en sus aposentos.

—Teniendo en cuenta que mi única alternativa era huir a los bosques para ser devorada por las bestias salvajes, es cierto que lo hice de forma voluntaria. —Le miró con incredulidad—. ¿Acaso no me creéis?

—Oh, sí. —*Por supuesto que sí*—. Sin embargo, yo no seré vuestro juez.

La joven frunció el ceño y los dientes que presionaban su labio inferior centellearon una fracción de segundo.

—Puede que ningún testigo presenciara la violación, pero todos vieron al leopardo y los símbolos arcanos que decoraban el cuerpo del príncipe... y eso no son palabras, sino cosas materiales que se pueden ver y tocar.

*Ya no.* Puede que aquella joven no fuera inocente, pero sí que era ingenua. *Lady Ijada, no tenéis ni idea de contra qué os enfrentáis.*

Se oyeron pasos y, al levantar la mirada, Ingrey vio que Ulkra se aproximaba, decidido y vacilante a la vez.

—¿Deseáis algo, *milord*? —preguntó, nervioso.

*Estar en cualquier otro lugar, haciendo cualquier otra cosa.*

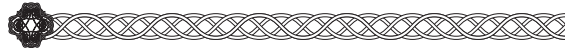
Había pasado más de dos días en la silla de montar y de pronto se sentía demasiado cansado para volver a ponerse en marcha. Boleso no tenía ninguna prisa por llegar a su funeral y enfrentarse a su juicio divino, e Ingrey no tenía ningún deseo de precipitar el juicio terrenal de aquella joven inocente que no temía a la justicia. *Que los cinco dioses le ayuden, pues no parece tenerle miedo a nada.*

—Si ordeno que suavicen vuestro encierro, ¿me dais vuestra palabra de que no intentaréis escapar? —le preguntó.

—Por supuesto —respondió ella, como si le sorprendiera que hubiera necesitado formularle semejante pregunta.

Ingrey hizo una señal al jefe del servicio.

—Llevadla a una habitación apropiada y devolvedle sus enseres. Buscad una doncella decente, si hay alguna en este lugar, que la asista y le ayude a



empaquetar sus cosas. Al alba partiremos hacia Hogar Oriental con el cadáver de Boleso.

—Sí, *milord* —respondió Ulkra, asintiendo aliviado.

Un nuevo pensamiento apareció en la mente de Ingrey.

—¿Habéis detectado alguna ausencia tras la muerte de Boleso?

—No, *milord*. ¿Por qué lo preguntáis?

Ingrey realizó un gesto vago para indicarle que no importaba. Ulkra no insistió.

Cuando se puso en pie, todo su cuerpo crujió. Tenía la impresión de que sus músculos protestaban con más fuerza que el cuero empapado. Lady Ijada le dedicó una agradecida reverencia y dio media vuelta para seguir al jefe de servicio. Al llegar a las escaleras, se giró para mirarle con ojos serios y repletos de confianza.

Su deber era llevarla a Hogar Oriental y dejarla en manos de... nadie que fuera a simpatizar con su causa. Sus dedos se cerraron y se abrieron sobre la empuñadura.

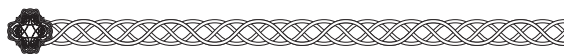
Ese es mi único deber.



La comitiva cruzó pesadamente las puertas del castillo y se internó en la niebla del amanecer. Por orden de Ingrey, seis guardias de Boleso avanzaban delante de lo que podía describirse como un carromato y otros seis lo custodiaban. Sobre el carromato descansaba una caja alargada que habían fabricado de forma precipitada para trasladar el cadáver del príncipe, cubierto de sal para que se conservara en buen estado durante el mayor tiempo posible. En un triste esfuerzo por procurarle una ceremonia adecuada, el jinete Ulkra había cubierto el ataúd con una piel de ciervo y había dispuesto tela de luto en las esquinas del carromato, en vez de los ricos tejidos que difícilmente resistirían los caminos locales. Los guardias habían bruñido sus armaduras para este sombrío viaje, pero la niebla no permitía apreciar su trabajo... Y, además, a Ingrey le preocupaba más la seguridad de las cuerdas que mantenían el ataúd en su sitio.

El carretero que Ulkra había reclutado era un hacendado local, propietario del carromato y el equipo, que supo mantener a sus robustos caballos bajo control durante los primeros giros y baches del estrecho camino. Su esposa viajaba a su lado, sujetando con gravedad y experiencia un freno de madera que chirriaba contra la rueda cada vez que el carromato descendía. Era una mujer entrada en años y de aspecto severo que, sin duda, sería mejor dama de compañía para la prisionera que la desaliñada y asustada doncella que Ulkra le había proporcionado. Además, su marido sabría protegerla. Ingrey confiaba en sus hombres, pero recordaba que lady Ijada había atrancado la puerta de su celda con una barra y, aunque no sabía de qué había intentado protegerse, estaba seguro de que aquella barra no había sido ningún descuido por parte de Ulkra.

Las paredes encaladas y los tejados cónicos de pizarra verde de los torreones desaparecieron como ensueños entre los árboles de ahumado color gris; entonces, durante un breve trecho, el camino se ensanchó y avanzó en línea



recta. Ingrey dedicó un saludo breve a los dos miembros de su escolta que cerraban la marcha, y ambos le devolvieron el saludo en silencio. Acto seguido, espolcó su caballo para que se adelantara y, tras dejar atrás el carromato y a sus escoltas, se detuvo junto a la pareja de guardias que abrían la marcha y custodiaban a lady Ijada.

La prisionera montaba una espectacular yegua castaña, musculosa y ágil, que resoplaba con vigor y sacudía nerviosa sus orejas. Ingrey no sabía si aquella montura se la había proporcionado su familia o el conde de Río de Caballo, pero era consciente de que si lady Ijada intentaba escapar a campo traviesa, no sería fácil detenerla. Sin embargo, la joven no parecía tener intenciones de huir, pues avanzaba con calma y de vez en cuando tiraba de las riendas de su montura para impedir que adelantara a otros caballos. Su traje de montar era digno de una noble en una partida de caza: una chaqueta de color marrón oscuro rematada con hilo de cobre y unas botas relucientes que asomaban por el dobladillo de su falda abierta. Había atado a la nuca su cabello moreno y lo había recogido en una red de ganchillo. El pañuelo de color crema que llevaba al cuello ocultaba las marcas púrpuras que le habían dejado los dedos de Boleso.

Ingrey no tenía intenciones de iniciar una conversación ociosa con ella, de modo que se limitó a inclinar la cabeza a modo de saludo y se situó al frente de la comitiva. Cabalgó en silencio durante un rato. A pesar de los crujidos del equipo, el traqueteo del carromato y el tronido de los cascos, podía oír el goteo del agua que caía de las ramas más altas y el gorjeo de los arroyos que discurrían melódicos bajo el camino a través de canales revestidos de madera. Tras trazar una última curva descendente, el sendero se niveló y abandonaron el frondoso dosel para acceder a un inesperado pozo de luz.

El sol se había abierto paso por un hueco de las montañas del este, convirtiendo el húmedo aire en oro en suspensión y proporcionando un fogoso verdor a las lejanas laderas. Una columna de humo, quizá la fogata de un grupo de carboneros, era la única señal de actividad humana que había en la densa moqueta arbolada que se extendía más allá de la aldea y sus campos. El sol no logró mejorar el humor de Ingrey, que detuvo su montura a un lado del camino para asegurarse de que la cola del cortejo lograba abandonar el bosque sin quedar atrapada en el barro. Al ponerse en marcha de nuevo, descubrió que estaba cabalgando junto a lady Ijada.

La mujer miraba a su alrededor con enmudecido placer. Sus brillantes ojos de avellana habían adoptado un tono dorado bajo esta nueva luz.

—¡Cómo brillan las colinas! Amo estos bosques que se extienden entre las amargas alturas y los campos de cultivo.

—El terreno es abrupto y peligroso —replicó Ingrey—, pero los caminos mejorarán en cuanto hayamos descendido y dejado atrás este erial.

Lady Ijada movió la cabeza hacia los lados al advertir su amargura.



—¿Este lugar no es de vuestro agrado? En ese caso, supongo que consideraréis que las tierras de mi dote también son un erial. Se encuentran al oeste, en las marcas en las que retroceden las montañas. —Vaciló—. Mi padraastro comparte vuestra opinión sobre los silenciosos caminos, pero él se crió en la ciudad. Trabaja como maestro de obra para el Templo de Puente de Tejón y solo le gustan los árboles que tienen forma de viga, puerta o caballete. Solía decirme que convirtiera mi rostro en mi dote y me olvidara de esos bosques embrujados. —Hizo una mueca y el brillo de sus ojos se apagó—. Se alegró tanto cuando una de mis tías de Orilla de Tejón consiguió que me aceptaran como dama de compañía en el sublime hogar del conde de Río de Caballo... Y ahora, ya veis...

—¿Acaso pensaba que encontraríais marido bajo la custodia de la princesa?

—Algo parecido. Decía que sería mi gran oportunidad. —Se encogió de hombros—. Pero desde entonces he aprendido que los grandes señores solo consiguen ser lo que son porque les interesan más las dotes que a ningún otro hombre. Debería haber imaginado... —Sus labios se cerraron—. Había imaginado que tropezaría con un hombre arrogante y poderoso que intentaría seducirme, pero la magia herética y la ululante locura me pillaron por sorpresa.

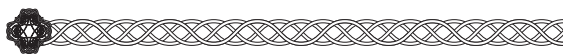
Ingrey se preguntó si Ijada habría puesto sus ojos en el conde de Río de Caballo. Este llevaba cuatro años casado con la hija del rey sagrado, pero todavía no tenían descendencia. ¿Esta demora podía deberse a algo más que la mala suerte? ¿Era esta la razón por la que la princesa Fara se había deshecho de su doncella a la primera oportunidad que se le había presentado? ¿Acaso estaba tan celosa de su rival en el amor que la había abandonado a este destino, aún sabiendo que no le resultaría en absoluto agradable? ¿La princesa había estado al corriente de los malvados planes de su hermano..., aparte de la violación?

¿Por qué principio?, le había preguntado ella el día anterior, como si hubiera habido una docena entre los que escoger.

—¿Qué pensáis del conde de Río de Caballo? —preguntó Ingrey, adoptando un tono neutral. El conde poseía tierras de un antiguo legado, pero, en el momento presente, su principal poder era su voto de ordenante, uno de los trece necesarios para coronar a un nuevo rey sagrado. Sin embargo, a lady Ijada no parecía interesarle la política.

Frunció los labios mientras consideraba su respuesta.

—No estoy segura. Es un hombre... extraño. Podría decir que es joven, pero no lo parece... quizá porque sus cabellos son grises. Posee un agudo ingenio que en ocasiones resulta incómodo y su carácter es caprichoso. Pasa días enteros en completo silencio, absorto en sus propios pensamientos, y nadie se atreve a hablarle, ni siquiera la princesa. Al principio pensaba que estaba traumatizado por las pequeñas deformidades de su columna y su rostro, que tiene una forma extraña, pero la verdad es que su cuerpo no parece



importarle lo más mínimo. No le causa ningún impedimento. —Miró a Ingrey con tardía cautela—. ¿Vos le conocéis?

—Hace años que no le veo —respondió—. Estamos emparentados por la sangre de su difunta madre, pero solo nos vimos en un par de ocasiones cuando éramos niños. —Ingrey recordaba al joven lord Wencel de Río de Caballo como un niño torpe y bajito, algo corto de ingenio y con una boca bastante húmeda. Nunca había sentido demasiada simpatía por aquel primito silencioso y torpe, de modo que no había hecho ningún esfuerzo por comprenderle... pero, afortunadamente, tampoco había hecho ningún esfuerzo por atormentarle—. Su padre y el mío murieron con escasos meses de diferencia.

El anciano conde de Río de Caballo había tenido una muerte serena y decente, mientras que el padre de Ingrey había aullado y espumajado, y los febriles gritos que habían resonado por los pasillos del castillo parecían proceder de algún foso subterráneo de agonía. Ingrey intentó apartar el recuerdo de su mente.

Los ojos de la joven se posaron en él.

—¿Cómo era vuestro padre?

—Era el maestro del castillo de Bosque de Abedul, bajo el señorío del anciano conde Kasgut de Barranco de Lobo. —*Pero yo no.* ¿El rápido ingenio de aquella mujer le permitiría imaginar lo ocurrido o simplemente daría por sentado que tenía un hermano mayor? —Bosque de Abedul gobierna el valle de Arroyo de Abedul, que discurre hasta el río Señuelo. —De pronto se dio cuenta de que no estaba respondiendo a la pregunta que ella le había formulado. ¿Cómo era posible que se hubiera desviado hacia un tema que le espeluznaba? Ingrey advirtió que el tono de la joven había sido tan neutro como el que él había empleado para preguntarle sobre Río de Caballo.

—Eso me dijo el jinete Ulkra. —La joven respiró hondo y miró al frente por entre las orejas de su montura—. También me dijo que se rumoreaba que vuestro padre había muerto por el mordisco de un lobo rabioso al que intentaba robar el espíritu. Y que os concedió un espíritu de lobo que os hizo enfermar de gravedad. Y que como se había perdido toda esperanza de que conservarais la vida y el ingenio, fue vuestro tío quien sucedió a Bosque de Abedul, aunque más adelante vuestra familia os envió a un peregrinaje y vuestra salud mejoró. No sé si esta historia es cierta o no, pero me sorprende que vuestro padre cometiera un acto tan temerario.

Tras haber escuchado esta precipitada sarta de chismorreos, la joven se volvió para mirarle, con ojos ansiosos e inquisitivos.

Ingrey tiró de las riendas de su caballo, que resopló y sacudió la cabeza. Momentos después lord Ingrey relajó los puños y, por fin, dejó de apretar los dientes.

—Uno de los defectos de Ulkra es que le encanta chismorrear —gruñó.

—Os teme.

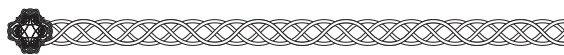
—Al parecer, no lo suficiente. —Espoleó a su caballo, fingió inspeccionar el avance de la comitiva y volvió a ponerse al frente del cortejo. Deseaba estar solo. Cuando volvió a pasar junto a lady Ijada, esta le miró y movió los labios como si fuera a hablar, pero Ingrey la ignoró.

Poco después tuvo que centrarse en dirigir a la comitiva por el fangoso camino que abandonaba el valle, tarea que no le permitió recuperar la calma, pero sí dirigir su furia hacia otros asuntos. Mientras descendían una pendiente pronunciada, los cascos de los fatigados caballos resbalaron y la esposa del carretero gritó alarmada cuando el carromato empezó a deslizarse de lado hacia el borde del precipicio. Ingrey bajó de un salto del caballo y ordenó a los guardias más diligentes que le ayudaran a empujar el carromato para alejarlo del vertiginoso barranco y devolverlo al camino enlodado.

Este esfuerzo le lastimó el hombro y añadió una mayor cantidad de mugre a su ropa de montar. Por un breve instante se sintió tentado a dejar que el carromato cayera barranco abajo y lo imaginó rompiéndose en mil pedazos, mientras el ataúd rebotaba entre las rocas y el cuerpo desnudo de Boleso se precipitaba hacia su justo destino bajo una ducha de sal. Sin embargo, el carromato habría arrastrado a los leales caballos consigo y estos no merecían el destino del príncipe. Además, él se encontraba entre el carromato y el precipicio, de modo que el impacto le habría derribado y los guardias habrían tenido que utilizar su traje de montar como saco para llevar sus despojos. Este horrible pensamiento logró levantarle el ánimo. Volvió a montar en su caballo, de mejor humor, pero cansado.

A mediodía se detuvieron en un amplio claro situado a la orilla del camino y los guardias se apresuraron a desempaquetar el pan y la carne que les había proporcionado el cocinero del castillo; pero Ingrey estaba más preocupado por los caballos, que estaban agotados y cubiertos de barro seco, así que ordenó a los hombres de Boleso que, antes de comer, ayudaran al carretero a desensillarlos y cepillarlos. Las peores pendientes ya habían quedado atrás, de modo que con un descanso adecuado, las bestias podrían aguantar hasta que cayera la noche... Para entonces suponía que ya habrían llegado a Laguna de Caña, donde le proporcionarían un medio de transporte más digno y podría enviar de vuelta a casa al carretero y a su esposa.

*Un medio de transporte más digno para un príncipe*, se corrigió entonces, pues aquel viejo carromato de estiércol le parecía el vehículo más adecuado para Boleso. Decidió que cuando estuvieran más cerca de Hogar Oriental ordenaría a un jinete que se adelantara para guiar a la comitiva de recepción hasta ellos, pues así podría dejar el cadáver de Boleso en manos de personas que le apreciaban o que, al menos, apreciaban su rango y aquello que representaba y sabrían ofrecerle una ceremonia más noble y ostentosa. Puede que enviara al jinete aquella misma noche.



Se lavó las manos en la fuente y aceptó el filete de carne de venado envuelto en pan que le tendió Gesca, su teniente. Mientras le daba un bocado, buscó con la mirada a la prisionera y su acompañante. La esposa del carretero trajinaba con las cestas de alimentos que había en el carromato y lady Ijada estaba paseando por el claro. El color de su vestido le permitiría desaparecer entre los elevados troncos de los árboles en un abrir y cerrar de ojos; sin embargo, tras examinar una piedra que antaño formaba parte de una fuente, la joven empezó a avanzar con cautela hacia Ingrey, que estaba sentado sobre un gran tronco caído.

—Mirad —dijo, sosteniendo en alto el brillante bloque gris.

En un lado de su erosionada superficie había un patrón en espiral.

—Es uno de los símbolos que Boleso dibujó sobre su cuerpo, con granza roja, sobre su ombligo. ¿Lo visteis?

—No —respondió Ingrey—. Ya habían lavado su cuerpo.

—Oh. —Pareció desconcertada—. Bueno, pues estaba.

—No dudo de vuestra palabra. —*Aunque los demás serán libres de hacerlo.* ¿Era ya consciente de este hecho o no?

La muchacha contempló el claro.

—¿Creéis que en este lugar antaño se alzaba un altar?

—Es muy posible. —Siguió su mirada, que estudiaba las cepas y el tamaño de los árboles. Ya fueran píos o impíos los propósitos de sus propietarios originales, era evidente que las últimas hachas habían sido blandidas por humildes leñadores itinerantes—. Esa fuente así lo sugiere. Este lugar ha sido ocupado, abandonado y ocupado de nuevo en más de una ocasión. —Quizá, siguiendo la fluctuación de la guerra dathaco quintariana contra las herejías del bosque que se había desarrollado cuatro siglos atrás, cuando Audar el Grande había conquistado por primera vez la Región Arbolada.

—Me pregunto cómo serían realmente los viejos ritos —musitó la joven—. Los divinos desprecian los sacrificios animales, pero... Cuando era pequeña y vivía con mi padre en el fuerte del Templo, participé unas cuantas veces con... una amiga en los ritos de otoño del pueblo del pantano. Aunque no comparten raza ni idioma con los habitantes de la Antigua Región Arbolada, pude imaginarme a mí misma retrocediendo hasta la Antigüedad. Sus ritos se parecían más a una gran fiesta al aire libre con carne asada que a cualquier otra cosa. Sí, entonaban algunas canciones y realizaban ciertos rituales sobre los animales antes de matarlos, pero ¿qué diferencia hay entre rezar sobre la carne antes o después de cocinarla? —Entonces añadió, ecuaníme—: Al menos, eso era lo que decía mi amiga. El divino del Templo no estaba de acuerdo con ella, pero la verdad es que ambos solían disentir. Creo que mi amiga disfrutaba atormentándolo.

Los divinos quintarianos no se oponían al menú, sino a otras cosas que los habitantes de la Antigua Región Arbolada extraían de sus bestias sagradas.

Los hechiceros tribales profanaban las almas de sus guerreros con los espíritus de esos animales para que fueran fieros en la batalla..., pero ese espíritu animal impedía que dichos soldados abrazaran a sus dioses al final de sus vidas. De todos modos, Ingrey dudaba que a la joven le hubieran permitido asistir a algún festejo que hubiera implicado algo más que el simple consumo de carne.

—Se decía que los hombres del pantano se pintaban el cuerpo con sangre.

—Bueno —dijo ella, pensativa—. Eso es cierto. O, en cualquier caso, todos corrían de un lado a otro, salpicando a los demás y riéndose a carcajadas. Todo era muy confuso y absurdo..., y bastante hediondo. Sin embargo, no hacían nada malo y, por supuesto, no sacrificaban a su gente. —Miró a su alrededor, como si imaginara alguna carnicería espectral que hubiera podido desarrollarse en aquel claro.

—Por supuesto —repitió Ingrey—. Pero este fue exactamente el origen del conflicto. Tanto los darthacos quintarianos como los habitantes de la Antigua Región Arbolada adoraban a los cinco dioses. Sin embargo, cuando Audar el Grande asesinó a cuatro mil prisioneros de guerra de la Antigua Región Arbolada en Campo Sangriento, se dice que no rezó y que aquello fue un acto quintariano adecuado y no una herejía. Cometió un crimen, sin duda, pero no realizó ningún sacrificio humano. Se trata de un simple detalle teológico.

La masacre de toda una generación de jóvenes guerreros espirituales impidió que la Antigua Región Arbolada opusiera resistencia a sus invasores orientales así que, durante los ciento cincuenta años siguientes, sus tierras, sus rituales y sus gentes tuvieron que someterse a los patrones darthacos, hasta que el enorme imperio de Audar se desintegró durante los sangrientos altercados provocados por sus descendientes, mucho menos grandes que él. El quintarianismo ortodoxo logró sobrevivir a la caída del imperio, de modo que los sacrificios animales y las canciones de sabiduría de las tribus del bosque se perdieron en el olvido y, ahora, solo quedaban supersticiones rurales, rimas infantiles y extrañas historias de fantasmas.

Pero era posible que no todo el mundo los hubiera olvidado. *Padre, ¿qué pretendíais? ¿Por qué me obligasteis a cargar con esta blasfemia? ¿Qué intentabais hacer?* Seguía sin conocer la respuesta de estas dolorosas preguntas.

—Supongo que ahora todos somos habitantes de la Nueva Región Arbolada —musitó Ijada, tocándose su oscuro cabello darthaco y señalando con la cabeza el de Ingrey—. Casi todas las familias de la Región Arbolada que sobrevivieron tenían antepasados darthacos, de modo que todos hemos heredado los pecados de Audar y las tribus. Según tengo entendido, mi padre chalionés tenía sangre darthaca. De hecho, solía decir que por elevados que fueran sus linajes, los nobles de ese territorio tenían la sangre muy mezclada.



Ingrey dio un mordisco a su filete, masticó y no respondió.

—Cuando vuestro padre os impuso vuestro lobo —empezó la joven—, ¿cómo...?

—Deberíais comer —la interrumpió él, con la boca llena de carne asada fría—. Todavía nos queda un largo camino.

Dicho esto, se levantó y se dirigió hacia el carromato. No le apetecía comer nada más, pero tampoco le apetecía seguir hablando con lady Ijada. Cogió una manzana que no estaba demasiado infectada de gusanos y la mordisqueó lentamente, mientras paseaba por el claro. Permaneció lo más alejado posible de ella durante tanto tiempo como duró el descanso.

A medida que la comitiva avanzaba, los accidentados ángulos de las colinas se fueron volviendo más suaves, las aldeas más frecuentes y los campos más extensos. El sol ya se inclinaba sobre las copas de los árboles cuando se vieron obligados a detenerse, pues las lluvias habían inundado un vado rocoso que a la ida había estado prácticamente seco.

Ingrey intentó encontrar la forma de solucionar aquel problema. El carromato de Boleso no estaba impermeabilizado con pieles o brea, de modo que las posibilidades de que flotara en un ángulo extraño y arrastrara consigo a los caballos eran escasas. Sin embargo, la probabilidad de que se llenara de agua y se hundiera era grande. Por fin ordenó a sus jinetes que se situaran en las cuatro esquinas del carromato, provistos de cuerdas para poder sujetarlo durante la travesía, e indicó por señas al carretero que siguiera adelante tan deprisa como pudieran avanzar sus agotados caballos. Los animales se hundieron hasta la barriga en el agua y el carromato se alzó sobre sus ruedas, los escoltas lograron mantenerlo en su lugar y todos llegaron a salvo a la orilla opuesta. Entonces, Ingrey indicó a lady Ijada que se internara en el vado.

Alzó la mirada para comprobar el avance del carromato y, en ese mismo instante, la yegua de Ijada perdió pie, resbaló y cayó de bruces. La mujer voló por los aires y se hundió en el torrente con tanta rapidez que ni siquiera fue capaz de gritar. Dejando escapar una blasfemia, Ingrey espoleó a su caballo y, frenético, empezó a buscar cabellos morenos o un destello de tela marrón entre la turbia espuma que formaba el agua. El atuendo de lady Ijada era impermeable, pero los faldones tirarían de ella hacia abajo... ¡Allí!

El agua fría le mordía las rodillas mientras apremiaba a su caballo corriente abajo. La oscura cabeza de Ijada apareció repentinamente entre tres rocas que sobresalían del torrente que bullía a su alrededor. La mujer alzó un brazo, se sujetó...

—¡Aguantad! —gritó Ingrey—. ¡Ya voy...!

Dos brazos. Culebreando y gateando, lady Ijada se encaramó a la roca hasta que quedó tumbada boca abajo en lo alto. Para cuando Ingrey logró llegar hasta ella con su jadeante caballo, la mujer ya estaba de pie, chorreando y boqueando. Por el rabillo del ojo vio que su yegua se encontraba a bastante distancia, corriente abajo. El animal, que había conseguido llegar a la orilla opuesta, abandonó el río y, tras avanzar con torpeza sobre el barro, desapareció entre los árboles. Ingrey blasfemó de nuevo e indicó a uno de sus hombres que fuera en su búsqueda.

No volvió a mirarle para ver si le había obedecido, pues lady Ijada ya estaba a su alcance. Se inclinó hacia ella, ella se inclinó hacia él...

De pronto, una oscura niebla rojiza pareció cubrir su cerebro y nublarle la visión. Sin soltarla, se tiró a la corriente y la arrancó de la seguridad de la roca. Si la retenía el tiempo suficiente debajo del agua... El agua llenaba su boca. Escupió, boqueó y se sumergió de nuevo. Se sentía cegado y confuso. En alguna parte de su mente muy lejana, algo le gritaba: *¿Qué estás haciendo, estúpido? Tienes que retenerla debajo del agua.*

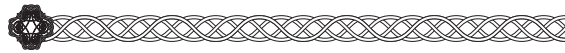
La fuerza del agua hizo que su cabeza se estrellara contra algo duro y unas chispas verdes se diseminaron sobre la neblina rojiza. Todos los pensamientos se desvanecieron.

Cuando recobró el sentido sintió que se asfixiaba. El aire frío le abofeteaba el rostro, que por alguna razón descansaba sobre el suelo, y cuando por fin logró respirar hondo, tosió una mezcla de aire y agua. Intentó mover sus extremidades, que de pronto se le antojaban desesperadamente débiles y pesadas como si hubieran quedado atrapadas en aceite.

—¡Dejad de luchar contra mí! —gritó lady Ijada. Algo se cerró con más fuerza sobre su cuello y, tras un confuso momento, se dio cuenta de que debía ser el brazo de la joven. Tenía que salvarla, ahogarla, salvarla...

*Sabe nadar.* Esta tardía comprensión le obligó a detenerse, pero solo por la sorpresa. Bueno, también él sabía nadar... más o menos. En cierta ocasión logró sobrevivir a un naufragio, aunque debía reconocer que se debió, sobre todo, a que permaneció aferrado a los objetos flotantes. En este lugar, lo único que parecía flotar era lady Ijada, pero Ingrey tenía la certeza de que el peso de su espada y sus botas los arrastrarían a ambos al fondo. De pronto, sus pies golpearon algo. La corriente los lanzó hacia un remolino, el fondo del río se niveló y, entonces, ella empezó a llevarle hacia la bendita orilla.

Culebreó para deshacerse de su agarre y se arrastró sobre manos y rodillas por las rocas, hasta la ribera cubierta de musgo. Un agua rosada se deslizaba por su cabello, que estaba enrojecido. Lo apartó de sus ojos y miró parpadeando a su alrededor. Se encontraban en un bosque espeso y laberíntico. No sabía



cuánta distancia habían recorrido corriente abajo, pero el vado, el carromato y sus hombres no estaban a la vista. Todo su cuerpo temblaba debido al golpe que había recibido en la cabeza.

La muchacha se puso en pie y se alejó de la corriente, chorreando agua. Entonces, avanzó tambaleante hacia él y le tendió la mano. Ingrey profirió un bramido, retrocedió y envolvió sus brazos alrededor de un arbolillo, tanto para mantener el equilibrio como para resistirse a su impulso asesino.

—¡No me toquéis!

—Lord Ingrey, estáis sangrando...

—¡No os acerquéis más!

—Lord Ingrey, si solo...

Su voz se quebró.

—¡Mi lobo está intentando mataros! ¡Se está desatando! ¡Alejaos de mí!

La muchacha detuvo sus pasos y le miró con atención. Estaba bastante despeinada y las centelleantes gotas de agua que se deslizaban por su cabello caían en silencio sobre el musgo que crecía a sus pies, como un extraño y fascinante reloj de agua.

—Tres veces —jadeó Ingrey, con voz ronca—. Esta ha sido la tercera vez. ¿No os habéis dado cuenta de que acabo de intentar ahogaros? Y ya os había intentado matar dos veces más. La primera vez que os vi, cuando desenvainé la espada, lo único que deseaba era poner fin a vuestra vida. Y más tarde, cuando estábamos sentados, sentí deseos de estrangularos.

Ella le miró pensativa, pero no hizo ningún intento por escapar. Ingrey deseaba que huyera. No le importaba que gritara o no. Solo quería que se alejara de él...

—¡Corred!

La joven se apoyó en el tronco de un árbol y empezó a quitarse sus empapadas botas.

—No fue vuestro lobo —dijo, en cuanto se hubo quitado la segunda bota.

Todavía se sentía mareado por el golpe y el desagradable tronido de sus entrañas anunciaba que pronto vomitaría agua del río.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó, sin comprenderla.

—No fue vuestro lobo. —Dejó la bota junto a su compañera y añadió, con voz tensa y calmada—: Puedo oler vuestro lobo..., en cierto sentido. Es decir, no lo huelo literalmente, pero tampoco se me ocurre otra forma de describirlo.

—¡Ha intentado mataros!

—No fue vuestro lobo. Ni tampoco fuisteis vos. Fue aquel otro olor. Las tres veces.

Ingrey solo pudo mirarla con atención. Las palabras le abandonaron.

—Lord Ingrey..., nunca me habéis preguntado qué ocurrió con el espíritu del leopardo de Boleso.

Le miró boquiabierto.



—Entró en mí. —Sus ojos de avellana le miraron durante un intenso momento.

—Yo... disculpadme —dijo Ingrey, con voz ronca—. Tengo que vomitar.

Se retiró hacia el otro lado, hacia un árbol demasiado estrecho, en busca de la escasa intimidad que pudiera ofrecerle. Deseaba que las náuseas le proporcionaran tiempo para recuperar el aplomo, pero este se encontraba un kilómetro río arriba. Se había ahogado sin el beneficio del vino: solo castigo; ninguna recompensa.

Cuando volvió a rodear el árbol, tambaleándose, lady Ijada estaba retorciendo su chaqueta. Se dejó caer sobre un tronco cubierto de musgo; estaba húmedo, pero no importaba porque él estaba empapado. Su ropa de cuero resbalaba y chirriaba de forma desagradable.

A sus ojos, la mujer no parecía haber cambiado. De acuerdo, estaba empapada y despeinada, pero el sol la seguía acariciando como si fuera su amante. Ingrey no veía ninguna forma felina en su sombra y el único olor que percibía era el suyo: una mezcla repugnante de cuero mojado, aceite, sudor y caballo.

—Ignoro si ese era el objetivo de Boleso —continuó con el mismo tono monótono, impávida ante aquella repulsiva interrupción—. Entró en mí cuando toqué su cuerpo agonizante para coger la llave. Los demás animales permanecieron confinados en su ser y se fueron con él. Quizá, los había retenido durante más tiempo o, quizá, el rito no se había completado. El espíritu del leopardo estaba asustado y enloquecido. Se escondió en mi mente, pero puedo sentirlo.

»No sabía qué hacer ni cuál era el propósito de esa criatura. Los hombres de Boleso estaban enloquecidos, así que no dije nada al respecto y nadie preguntó.

—Vuestra defensa... ¡Esa podría ser vuestra defensa! —exclamó Ingrey—. En su frenesí, el espíritu del leopardo mató al príncipe. No fuisteis vos. Vos estabais poseída por él. Fue un accidente.

Ella le miró.

—No —dijo, con la voz de la razón—. Os lo acabo de decir. El leopardo no vino a mí hasta que Boleso estuvo agonizando.

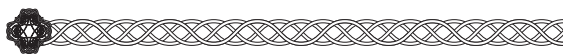
—Sí, pero podéis contarle de esa forma. Nadie os podrá contradecir.

La mujer le miró ofendida.

*Creo que será mejor que retomemos esta discusión más adelante.* Ingrey osciló débilmente la mano.

—De acuerdo. ¿Cuándo...?

—Aquella noche, en mi celda. Tuve unos sueños muy vívidos. Cálidos bosques y frescos valles. Rodaba sobre la hierba dorada con otros cachorros suaves y moteados, pero con los dientes muy afilados. Aparecieron hombres extraños con trampas, jaulas, cadenas y correas. Un viaje en barco, un viaje en carreta. Más hombres, crueles y amables. Soledad. En estos sueños no había palabras; solo sensaciones, imágenes e intensos aromas. Un torrente de olores, un nuevo continente de olores.



»Al principio pensé que me estaba volviendo loca, pero entonces decidí que no. En cierto sentido, aquel cuartucho era como una jaula. Hombres crueles y amables me traían comida y la limpiaban. Era familiar. Reconfortante.

»La segunda noche volví a soñar los sueños del leopardo, pero en esta ocasión... —su voz vaciló—, en esta ocasión apareció una Presencia. En aquel oscuro bosque no había nada que ver, pero los olores eran maravillosos, mejores que cualquier perfume. Todos los buenos aromas del bosque y el campo durante el otoño. Manzanas y vino, carne asada, hojas crujientes y un cielo azul. Podía oler las estrellas otoñales, que eran tan hermosas que me hicieron aullar. El espíritu del leopardo saltaba extasiado, como un perro saludando a su amo o un gato restregándose contra las faldas de su dueña. Ronroneaba y se retorció y emitía sonidos ansiosos.

»Después de aquello, el fantasma del leopardo se apaciguó. Ya no parecía asustado ni enloquecido. Simplemente... permaneció allí, satisfecho, expectante. No, más que satisfecho. Alborozado. No sé qué está esperando.

—Habéis dicho que había una Presencia —repetió Ingrey—. ¿Sabéis..., pensáis que era un dios lo que se acercó a vos en aquella oscuridad?

¿Acaso lo dudaba? Aquella mujer era luminosa y tenía una percepción que escapaba de lo normal. Nunca había confundido su don con la simple belleza física, ni siquiera en la confusión del primer momento en que la vio.

De pronto, el rostro de la mujer se volvió fiero.

—No se acercó a mí —dijo entre dientes—. Sino al maldito felino. Le supliqué que viniera a mí, pero no lo hizo. —Su voz se interrumpió—. Quizá no podía. No soy santa y, por lo tanto, un dios no puede habitar en mí.

Los dedos nerviosos de Ingrey removieron el musgo. La herida de su cabeza por fin había dejado de sangrar.

—También se decía..., pero no los divinos quintarianos..., que los habitantes de la Antigua Región Arbolada utilizaban a los espíritus animales para comunicarse con sus dioses.

Su adorable mandíbula se cerró con fuerza y sus ojos le miraron con tanta fiereza que Ingrey sintió deseos de retroceder. Solo entonces, y solo durante ese breve instante, fue consciente del hirviente terror que Ijada ocultaba y había ocultado desde el principio, bajo su serena superficie.

—Ingrey, maldito seas. Tenéis que contármelo, tenéis que hablarme o me volveré loca. ¿Cómo recibisteis a vuestro lobo?

Su interés no se debía a una ociosa curiosidad incitada por las habladurías, sino a una desesperada necesidad de saber. ¿Acaso él no habría dado lo imposible por un mentor experimentado que le explicara cómo seguir adelante, o por un compañero que se sintiera tan confuso como él, pero compartiera su experiencia y corroborara sus confidencias en vez de negarlas y llamarle

demente, profano y maldito? Lady Ijada había experimentado todas aquellas cosas que él nunca había podido explicar.

Tenía la impresión de encontrarse junto a un pozo de recuerdos, izando cubos con una cuerda que ardía en sus manos. Apretó los dientes y comenzó:

—Tan solo tenía catorce años y todo sucedió sin previo aviso. Me llevaron a la ceremonia sin explicarme nada. Hacía días..., o mejor dicho, semanas, que a mi padre le inquietaba algo, pero nadie sabía de qué se trataba. Sobornó a un hechicero del Templo para que celebrara el rito, pero no sé quién atrapó los lobos ni cómo lo hizo. El hechicero desapareció inmediatamente después..., quizá porque temía las represalias por no haber sido capaz de culminar el ritual o, quizá, porque nos había traicionado. Nunca lo supe, sobre todo porque en aquel entonces me sentía incapaz de indagar.

—¿Un hechicero? —repitió ella, apoyándose contra el tronco de un árbol—. Ningún hechicero acompañaba a Boleso, a no ser que estuviera escondido bajo un disfraz. Tampoco me pareció que estuviera poseído por ningún demonio, aunque supongo que tampoco habría sabido verlo. Esas cosas solo las perciben los hechiceros o aquellos que han sido dotados de visión divina.

—El Templo habría... —Ingrey vaciló—. Si Boleso hubiera capturado a un demonio en Hogar Oriental, algún divino del Templo tendría que haberlo detectado. Sin embargo, si lo hubiese atrapado de forma más reciente, en su exilio, es muy posible que nadie lo hubiera advertido.

De todos modos, tenía la certeza de que Boleso había asesinado a su criado porque ya había sido poseído por algo.

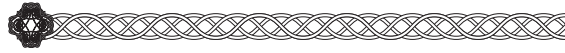
—Soy incapaz de imaginar qué poderes le proporcionaban sus animales espirituales —comentó Ijada—. Ahora sé cosas que no veo con mis ojos, pues el leopardo parece concederme una especie de conocimiento o percepción; sin embargo, no lo hace con palabras. —Cerró las manos, frustrada—. ¿Por qué vuestro lobo no os ayuda de un modo similar?

Porque durante más de una década me he esforzado en contenerlo, en dejarlo incapacitado. Pensaba que estaba a salvo, pero ahora vuestras preguntas me asustan más que mi lobo interior.

—Habéis dicho que había algo más..., otro aroma, distinto al mío o al de mi lobo. Una tercera presencia.

Ella le miró con tristeza y arqueó las cejas, como si buscara una descripción de algo que no tenía relación alguna con el lenguaje.

—Es como si pudiera oler las almas o como si lo hiciera mi leopardo y me filtrara un poco de información. Puedo oler a Ulkra y sé que no debo temerle; puedo oler a otros hombres de la comitiva y sé que debo mantenerme alejada de ellos. Vuestra alma es dual. Estáis vos y algo más: algo oscuro, antiguo y rancio que permanece inmóvil.



—¿Mi lobo? —preguntó, aún sabiendo que su lobo era joven.

—Quizá, pero hay un tercer olor que culebrea a vuestro alrededor como una cepa parasitaria y palpitante que parece haber arraigado en vuestro espíritu para poder mantenerse. Y susurra. Creo que es un hechizo o una maldición.

Ingrey permaneció en silencio durante un buen momento. ¿Cómo era posible que aquella mujer pudiera ver lo que había en su interior? Además, su espíritu lobo era una especie de parásito.

—¿Sigue estando ahí?

—Sí.

Su voz se tensó.

—Entonces, la próxima vez que esté distraído, es posible que intente mataros de nuevo.

—Quizá. —Entrecerró los ojos y dilató sus fosas nasales, como si buscara una sensación que no tenía nada que ver con los sentidos del cuerpo. Un gesto tan inútil como intentar ver con las manos o saborear con las orejas—. Hasta que sea eliminado de raíz.

—¿Por qué no intentáis huir? —preguntó él, con un hilo de voz—. Deberíais escapar.

—¿No os dais cuenta? Debo ir al Templo de Hogar Oriental en busca de ayuda y vos sois la forma más rápida de llegar.

—Los divinos nunca me ayudaron demasiado —replicó Ingrey, con amargura—. De lo contrario, mi tormento habría cesado. Lo intenté durante años, consulté a teólogos, hechiceros e incluso santos. Viajé hasta Darthaca en busca de un santo del Bastardo que, según decían, era capaz de extraer los demonios de las almas y destruir a los hechiceros ilegítimos, pero ni siquiera él pudo liberarme de mi espíritu lobo porque pertenecía a este mundo y no al otro. Ni siquiera el Bastardo, que dirige una legión de demonios del caos y puede invocarlos o deshacerse de ellos según Su voluntad, tiene poder sobre mi lobo. Y si los santos son incapaces de ayudar, ¿qué van a poder hacer las autoridades ordinarias del Templo? Son inútiles. Y peligrosas. En Hogar Oriental, el Templo es la herramienta de los poderosos..., y vos habéis ofendido a los poderosos.

Ella endureció su mirada.

—¿Quién os impuso la maldición? Tuvo que ser alguien poderoso.

Ingrey separó los labios, pero los juntó de nuevo.

—No estoy seguro. No sabría decirlo. Todo escapa de mi mente. De hecho, ni siquiera me acuerdo de que he intentado mataros hasta que algo evoca ese recuerdo en mi cabeza. Un momento de distracción por mi parte sería letal para vos.

—Entonces me encargaré de recordároslo —replicó ella—. Ahora que ambos lo sabemos, debería ser más sencillo.

Ingrey abrió la boca para protestar, pero en ese mismo instante se oyó un chasquido distante entre los árboles.

—¿Lord Ingrey? —gritó un hombre.

—Oigo voces cerca del río —dijo otro—. Por ahí...

—¡Ya vienen! —Se puso en pie con dificultad y, tambaleándose aturdido, extendió las manos hacia ella a modo de súplica—. ¡Huid antes de que nos encuentren!

—¿De esta guisa? —replicó ella, indignada, pasando una mano por su traje mojado y señalando sus pies descalzos—. ¿Queréis que me interne en el bosque empapada, sin dinero, sin armas y completamente indefensa? ¿Para qué? ¿Para ser devorada por los osos? —Cerró la mandíbula—. No. Boleso vino de Hogar Oriental y vuestra maldición procede de Hogar Oriental. Es allí donde debo buscar el origen de este mal y nada me hará cambiar de opinión.

—Puede que alguien os mate para obligaros a guardar silencio. Ya lo han intentado. Y es probable que también me maten a mí.

—En ese caso, será mejor que no deis pie a habladurías...

—Yo no hago esas cosas... —replicó, enfurecido. Entonces, dos de sus hombres aparecieron entre la maleza a caballo. Ahora que deseaba hablar con ella, no podía hacerlo.

—¡*Milord!* —gritó el jinete Gesca, alegre—. ¡La habéis salvado!

Ijada no intentó corregir aquella suposición errónea y tampoco lo hizo Ingrey, que, evitando su mirada, echó a andar hacia sus hombres.